

Hannah Arendt – Responsabilidad Personal bajo una Dictadura

Cuando describimos un sistema político (...), es inevitable que hablemos de todas las personas utilizadas por el sistema en términos de dientes y ruedas del engranaje que mantiene en funcionamiento la administración. Cada pieza del engranaje, es decir, cada persona, debe ser prescindible sin que cambie el sistema, presupuesto que subyace a todas las burocracias, a todas las formas de funcionariado. [...] Todos los acusados en los juicios de la posguerra dijeron, para excusarse: “Si no lo hubiera hecho yo, cualquier otro lo habría hecho”.

En efecto, en cualquier dictadura, y no digamos ya en una dictadura totalitaria, incluso el número relativamente pequeño de decisores que puede uno hallar en un gobierno normal se reduce a Uno, mientras que todas las instituciones que controlan o ratifican las decisiones ejecutivas quedan abolidas. En el tercer Reich, en cualquier caso, sólo había un hombre que podía tomar y tomaba las decisiones y que, por tanto, era plenamente responsable políticamente. Ese hombre era Hitler mismo. [...] ¿Quiere ello decir que nadie más podía considerarse personalmente responsable?

Los no participantes fueron aquellos cuya conciencia no funcionó de manera, por así decir, automática (como si dispusiéramos de un conjunto de reglas aprendidas o innatas que aplicáramos a los distintos casos particulares a medida que se fueran presentando, de modo que toda nueva experiencia o situación estuviera ya prejuizada y sólo tuviéramos que ejecutar lo que ya tuviéramos aprendido o poseído de antemano). El criterio de los no participantes fue, pienso yo, otro: se preguntaron hasta qué punto podrían seguir viviendo en paz consigo mismos. En consecuencia, escogieron también morir cuando fueron obligados a participar. Por decirlo crudamente, se negaron a asesinar, no tanto porque mantuvieran todavía una firme adhesión al mandamiento “No matarás”, sino porque no estaban dispuestos a convivir con un asesino: ellos mismos.

La condición previa para este tipo de juicio no es una inteligencia altamente desarrollada o una gran sutileza en materia moral, sino más bien la disposición a convivir explícitamente con uno mismo, tener contacto con uno mismo, esto es, entablar ese diálogo silencioso entre yo y yo mismo que, desde Sócrates y Platón, solemos llamar pensamiento. La línea divisoria entre los que quieren pensar y, por tanto, haz de juzgar por sí mismos, y quienes no quieren hacerlo atraviesa todas las diferencias sociales, culturales y educacionales. A este respecto, el completo derrumbe moral de la sociedad respetable durante el régimen de Hitler puede enseñarnos que, en semejantes circunstancias, quienes aprecian los valores y se aferran a las normas y pautas morales pueden cambiar de la noche a la mañana y que todo lo que queda es el hábito de aferrarse a algo. Mucho más dignos de confianza serán los dubitativos y escépticos, no porque el escepticismo sea bueno o la duda saludable, sino porque esas personas están acostumbradas a examinar las cosas y construirse sus propias ideas. Los mejores de todos serán aquellos que sólo tengan por cierta una cosa: que, pase lo que pase, mientras vivamos habremos de vivir con nosotros mismos.

Los no participantes en la vida pública bajo una dictadura son aquellos que han rehusado dar su apoyo renunciando a aquellos puestos de “responsabilidad” en los que se exige el apoyo bajo el nombre de obediencia. Y basta que imaginemos por un momento lo que sucedería con cualquiera de esas formas de gobierno si un número suficiente de personas actuara “irresponsablemente” y negara su apoyo, aun sin resistencia activa ni rebelión, para ver qué arma tan eficaz podría ser esa actitud. Se trata, en definitiva, de una de las muchas variantes de acción y resistencia no violenta —como el poder que encierra la *desobediencia* civil— que se están descubriendo en nuestro siglo. [...] La razón de que podamos considerar de todos modos responsables de lo que hicieron a aquellos nuevos criminales que nunca cometieron ningún crimen por iniciativa propia es que en asuntos de política y moral no existe eso que llamamos “obediencia”. [...]

Por consiguiente, la pregunta dirigida a quienes participaron y obedecieron órdenes nunca debería ser “¿Por qué obedeciste?”, sino “¿Por qué *apoyaste*?”. [...] Mucho se ganaría si pudiéramos eliminar el pernicioso término “obediencia” de nuestro vocabulario moral y político. Si pensáramos a fondo en estos temas, podríamos recuperar cierto grado de confianza en nosotros mismos, en incluso de orgullo, esto es, recuperar lo que en otros tiempos se llamaba dignidad o el honor del hombre: no quizá de la humanidad, sino del hecho de ser humano.